

# *Aracely* LECHUGA TEHERÁN

## Cadeneta, punto entero y amor

El tejido familiar de Aracely:  
Samir, Jogleidis y Carlos José.

Texto y fotos  
CLAUDIA CUELLO



Aracely Lechuga jugó a ser mamá a los diez años. Su papá se enfermó y a su mamá, para alimentar a sus pequeños, le tocó salir a trabajar en una casa de familia, entregándole a ella el cuidado de sus hermanitas: Weisi, de tres años y Jaudith, de sólo tres meses de nacida. Fue una época muy difícil para la familia Teherán-Lechuga. Mientras los mayores salían a reciclar papel periódico, Aracely se ocupaba de las labores del hogar, de dar teteros, bañar a las bebés y de atender la delicada enfermedad de su padre. Cada ocho días esperaban la llegada de Amira, quien acudía cargada de esperanzas y con el dinero para pagar en la tienda la comida de la semana. Desafiando el hambre y el peligro sobrevivieron gracias a la unión, a la lucha diaria y a los sabios consejos de ese ser protector y amoroso que

jamás mostró señales de cansancio, su madre.

A los quince años Aracely aprendió a tejer en crochet y fue su distracción en los momentos de descanso. De sus manos inquietas salieron mantas, gorros, vestidos, zapatos y hermosas camisitas con las que vestía orgullosa a las pequeñas Weisi y Jaudith. Con el nacimiento de Jullith, su primer retoño, comenzó una nueva etapa. La pequeña le recordó hermosos momentos y le hizo sentir la verdadera esencia de la maternidad. Las lecciones aprendidas con sus hermanitas las transmitió en sentimientos de abrazos, caricias, besos y dulces palabras de amor.



**Con su hermana Weisi,  
a quien cuidó desde los tres años.**

Abandonada por su compañero, situación por la que atraviesan muchas mujeres en el mundo, y con una responsabilidad de vida en brazos, Aracely buscó un trabajo que le ayudara con el sustento de su hogar.

Por una nueva oportunidad se fue a Malambo. Con Jullith Morales, la hija mayor, y con Samir, Jogleidis y Carlos José Torres, frutos de su segunda unión, consiguió un lote en el que construyó dos habitaciones de bloque y teja, transformándolas en un acogedor refugio, en el rincón de los sueños y en el espacio lleno de felicidad.

Nada ha sido fácil para Aracely, pero esa lucha constante le ha dado una fortaleza de hierro y un carácter de guerrera. Ni siquiera el inclemente sol del Caribe le disminuyó sus energías para salir a "regar" pan por las calles de la ciudad y en algunos negocios del centro.

Lo que ganó, unos veinte mil pesos semanales, lo invirtió en la educación de sus hijos y en tenerles el plato lleno por lo menos una vez al día. Su sonrisa, algunas veces tímida y otras relajada, son la muestra de que a los golpes hay que darles frente con valor.

Una vendedora de bolis le contó de una reunión de tejedoras en la casa de la cultura del pueblo. Asistió por casualidad y con poco interés escuchó la charla en la que explicaban una nueva forma de tejido con fibras naturales.

Fue de las primeras en responder a la convocatoria y la primera en recibir un cariñoso regaño. Su muestra en

palote estuvo perfecta, pero le faltó limpieza al hilado. En ese mismo momento captó que la fibra debe ser tratada con cuidado y delicadeza como a los hijos. Demostró su deseo de superación convirtiéndose en modelo del grupo de tejedoras de Malambo. La diseñadora Mónica Urquijo, quien actualmente exporta a los almacenes de Polo Ralph Lauren de Estados Unidos, Japón y Europa una línea de alta innovación y diseño de hermosos cojines, individuales y bandejas hechas a mano en fibra de plátano por artesanas del Atlántico, descubrió que ella no sólo era una excelente tejedora, sino que también se destacaba por su condición de liderazgo.

Hoy Aracely está respaldada por el programa "Mujeres Tejedoras de Vida", que dirige la Primera Dama del departamento del Atlántico, Elizabeth Grijalba de Rodado. Una labor social que busca elevar el nivel de vida de mujeres artesanas cabeza de familia de estrato 0, 1 y 2, a través de la comercialización de sus productos y de fortalecer la convivencia con lazos de amor y dedicación a su familia. Está feliz porque el capital que ahorró en la primera etapa le alcanzó para construir las paredes de su cocina, pagar la deuda de la tienda, rescatar unas "prendas" que llevó a una casa de empeño y cancelar dos años atrasados de colegio. Ella ha sido un ejemplo digno de resaltar.



**Con sus cuatro hijos y su mamá  
Amira Teherán en unión familiar.**

Su mayor anhelo es que sus hijos logren subir escalón por escalón hasta llegar a ser profesionales, y sientan que el sudor de su cuerpo no es sólo una huella de sacrificio, sino de optimismo y fe de un corazón valeroso que va en busca un mejor futuro.

El soporte de sus padres y hermanos, la verdadera amistad que encontró en sus vecinos, el crecimiento positivo del barrio Las Américas, el que visita frecuentemente para saludar a sus viejos amigos y el apoyo de la Gobernación han sido fundamentales en su crecimiento personal. Araceli encontró en sus manos y en la solidaridad de Jullith, Samir, Jogleidis y Carlos José, una esperanza de vida. Juntos empezaron a dar las puntadas de una red en la que el amor es el alma central del tejido familiar. Sus hijos de 15, 12, 10 y 7 años son parte de una pequeña empresa que comienza a gestarse. Es el símbolo de la unión y del amor profundo de una madre.